

## *Capítulo II*

### *Reflexiones generales sobre la elocuencia política*

Al fijar la atención en el cuadro de esta elocuencia, lo primero que se ofrece al examen crítico, es la comparación entre la elocuencia política de los antiguos, y la de los modernos. Las reflexiones más ligeras bastan para comprender la gran ventaja de la primera sobre la segunda, y para hacernos confesar con dolor, que nosotros no tenemos realmente ni podemos tener elocuencia tribunicia.

En las antiguas repúblicas, los oradores hablaban al pueblo susceptible en todas partes de impresiones vivas y generosas, atento siempre a su interés, y con un instinto maravilloso de libertad. Los oradores podían entregarse a todos sus movimientos; y estaban seguros de su triunfo, toda vez que sus opiniones fuesen favorables a la libertad o al interés común.

En las asambleas actuales por el contrario, la opinión se sacrifica frecuentemente al cálculo y a los compromisos, los partidos son inmutables en su pensamiento, y cada cual entra en la discusión con su resolución tomada y con el propósito firme de no variarla, cualquiera que sea la fuerza de las arengas que se pronuncien en uno u otro sentido. Esto se dice en todos los gobiernos de discusión, que es organizar o disciplinar los partidos políticos de una cámara: dígase más bien que es anular el debate, puesto que por estas convenciones precedentes viene a ser inútil, y destruir por lo tanto la base de los gobiernos llamados representativos. El poder tiene organizado un batallón sagrado que nunca le abandona: bien pueden los oradores que impugnen la marcha o las opiniones de aquel, esforzar sus recursos hasta introducir la convicción en los bancos mismos de la asamblea, si capaces fueran de sentido. Se aplaudirá su discurso; se repetirá con santa franqueza por sus adversarios en particular, que tiene razón y que ellos piensan del mismo modo: mas llegando el momento de votar, los impulsos del hombre de partido ahogarán la opinión del hombre de examen. ¿Para qué quieren los oradores pronunciar grandes arengas? ¿Qué utilidad alcanzan con todos sus trabajos, con todo su celo y con todo su patriotismo? Ninguna: desesperarse sólo al ver por dentro el secreto de las discusiones, y el poder de bajas e impudentes deferencias. Y no se crea que éste es el vicio de las monarquías templadas: repúblicas bien nuevas nos lo presentan desde su cuna, y hacen reflejar como en un espejo, el triste cuadro de esas concertadas

avenencias y funestas organizaciones. ¿Era tan flexible el pueblo que escuchaba a los oradores y que decidía en las antiguas repúblicas? ¿Se le hubiera manejado y organizado tan fácilmente en provecho del poder y en apoyo de sus aspiraciones y tendencias? Seguro es que no, y he aquí la primera causa que influye en el carácter de ambas elocuencias. La de los antiguos, de libres y fecundos medios, de franco y amplio debate, de decisiones independientes: la de los modernos, de medios que se estrellan en las alianzas celebradas de antemano, de debate inútil o de pura ceremonia, y de decisiones que cualquiera puede con seguridad marcar antes de que recaigan, porque ya se sabe cómo ha de opinar cada uno. Pasemos a la segunda causa de diferencia entre las elocuencias de ambas épocas.

La de los antiguos se mostraba siempre exenta de temor y de vanos respetos; superior a todas las consideraciones medrosas o personales: los modernos han inventado las palabras de conveniencias sociales, conveniencias parlamentarias, conveniencia de todo menos del país, las cuales no son más que un yugo que se impone a los oradores, y una mordaza que sella sus labios para que no anuncien verdades atrevidas sin duda, pero interesantes en la misma proporción y cuya revelación sería el mejor servicio a la justicia y a la causa pública. Vamos a ver una muestra de esa ruda, pero útil franqueza que tanto vigor daba a los discursos de los antiguos; y en que la libertad y el interés común encontraban gran provecho, puesto que por ella se presentaba a los hombres tales como eran, y se les arrancaba la máscara para que no pudieran burlar ni explotar la credulidad de sus conciudadanos. Repetimos este ejemplo citado en el tomo 1º al tratar de la amplificación, porque su lenguaje y la reputación del orador a quien se debe nos lo hacen preferir a cualquier otro.

Demóstenes contestaba a Esquines en la famosa cuestión en que se trataba de decretar la corona que reclamaba el primero. Después de justificar todos los consejos que había dado desde la tribuna y su patriótica conducta en todos los negocios, continúa así:

“A vista de esto me preguntas, Esquines, ¿por qué virtudes pretendo que se me decreten coronas? Pues yo te respondo sin vacilar. Porque en medio de nuestros magistrados y de nuestros oradores, generalmente corrompidos por Filipo y Alejandro, siendo tú el primero de ellos, he sido el único a quien ni las delicadas y críticas circunstancias, ni las persuasiones, ni las promesas magníficas, ni la esperanza, ni el temor, ni el favor, ni cosa alguna de este mundo, me han podido mover a que desista de lo que creía favorable a los derechos e intereses de la patria: porque cuantas veces he aventurado mi parecer y mis consejos, no lo he hecho como tú, cual mercenario, que semejante a una balanza, siempre se inclina al lado que recibe más peso; sino que una intención justa y recta ha dirigido siempre todos mis pasos; porque en fin, llamado y exaltado más que ningún otro de mi tiempo a los primeros empleos,

### *La Elocuencia Parlamentaria*

los he servido y desempeñado con una religión escrupulosa y con una perfecta integridad. Por esto pido que se me decreten coronas”.

Este discurso valió el destierro a Esquines: ¡Cuántos destierros habría que decretar hoy en todos los países de formas representativas, y por consiguiente de discusión, si los oradores corriesen el velo que forma la hipocresía política de sus adversarios, y los presentaran al país tales como son: con su ambición injustificable, con su oculto maquiavelismo y con su mal disimulada inmoralidad!

Pero se dirá: “esto sería atroz, esto invadiría un terreno vedado: esto sublevaría las conciencias, y daría lugar a continuos escándalos”. Detengámonos un momento, porque las ideas cuando se generalizan, son con mucha frecuencia inexactas, y porque la ligereza y falta de examen tienen acreditados muchos errores.

¿No se permite a un abogado que defiende al desvalido a quien espolió un hombre astuto y poderoso, que a la presencia del tribunal, a la vista de un numeroso concurso, en el seno de la publicidad más completa, denuncie y persiga el robo, y hasta que recurriendo a lugares comunes y a consideraciones generales de convicción moral, recorra la vida entera del acusado y lo entregue retratado con los colores más feos a la execración pública? ¿No se le permite alegar como prueba, que su contrario no tiene medios conocidos de subsistencia, y que sin embargo en pocos años ha subido como la espuma, y ha pasado de una situación menesterosa a otra de comodidades, de lujo y disipación? ¿Detiene nadie la mano del abogado pintor al trazar este odioso retrato? Sin duda que no: ¿Escandaliza la pintura? Tampoco: ¿Se juzga desmedido o injurioso el ataque? Mucho menos: ¿Y por qué? Porque aparte de las consideraciones que se deben al hombre, y muy por encima de su nivel, están las consideraciones que se deben a la justicia y el interés de que ésta se administre, en lo cual todos nos hallamos mancomunados.

¿Y es de menos valía el interés público, el interés y la suerte de una nación entera? ¿Para qué se nombran los representantes, para qué se les concede la investidura de tutores y defensores de los intereses del país, sino para que busquen con infatigable afán la verdad, y una vez encontrada la denuncien al mundo con entera e imperturbable decisión? Se buscan paliativos, se dan mil vueltas y rodeos medrosos como si se temiera llegar al punto que se debería caminar directamente, se suelta una que otra verdad envuelta en tantos celajes, que es imposible descubrirla, y más imposible aún que penetre en la conciencia pública para ilustrarla, y cuando así se ha contemporizado con los desafueros que se debían denunciar del modo más arrojado y paladino, el orador queda ufano y satisfecho de su obra, y todos

repiten en coro que maneja la discusión con el tacto más delicado, y que nunca falta a las conveniencias parlamentarias. Nosotros nos atreveríamos a dirigir una pregunta a esos oradores de disimulo y de reticencias, y pondríamos sólo por juez para decidir a su corazón, si pudiéramos esperar que nos respondiera con lisura. En las conversaciones diarias con vuestros amigos, les diríamos, ¿no deploráis ciertos hechos, no excitan vuestra indignación, y levantáis contra ellos vuestra voz con un celo tan santo como inútil? En vuestros ratos de meditación solitaria, cuando repasáis todo lo que se agita y mueve en torno vuestro, cuando hacéis desfilar por delante de vosotros en el panorama de vuestra memoria a tantos personajes funestamente célebres y a tantos acontecimientos ruidosos con la triste escolta de los desengaños y defecciones a que han dado lugar: cuando comparáis vuestra vida con la vida de otros, vuestros medios con sus medios, y vuestra situación con la suya, ¿no os llenáis de un despecho indefinible, no prorrumpe vuestra lengua en sentidas imprecaciones, y no os posee la cólera, esa cólera santa contra los abusos y contra la injusticia, que el sentimiento más profundo e interno del hombre de bien? ¿Por qué, pues, la reprimís, cuando su justa explosión y las revelaciones que de ella se seguirían, son un atributo que os exige a la vez el corazón que os inspira, y el país que os puso en evidencia y contempla vuestro cobarde silencio? Me responderéis que decís hasta donde se puede; mas acaso ¿es bastante decir algo cuando debe decirse todo? ¿Por ventura la medio verdad no es el error? ¿No equivale a encubrir, disimular? ¡Cuántas veces no estando todavía revestidos de un carácter público, habéis exclamado a la vista de los más generales: “si yo tuviera el derecho y el poder de hacerme oír, hablaría muy alto y no callaría hasta conseguir el remedio”!

Pues bien: cambió la escena: de vuestro retiro más o menos oscuro, más o menos alejado de la política, habéis venido a su teatro: conocéis y debéis conocer a todos los actores; tocáis los males por vosotros mismos; ¿cómo es que se han debilitado vuestros bríos, cómo es que tanta parada de arrojo ha venido a quedar en una mudez deplorable, si es que no os prestáis a servir a otra causa y a otros principios de los que antes eran el símbolo de vuestras creencias? Y sin embargo, estos cambios y estas aberraciones forman con frecuencia el cuadro de los gobiernos de discusión, ya sean monárquicos representativos, o ya puramente democráticos, porque el poder en todas partes impone hasta a las conciencias, y sólo se piensa en que está muy elevado, bien haya caído de arriba o bien haya subido de abajo. Mas esto no es tampoco servir al poder que en circunstancias dadas puede verse condenado a la ceguera de Edipo, y que en ellas quien mejor le sirve es quien mejor le desengaña. Por eso dijo el sabio de la antigüedad llevando a mal

### *La Elocuencia Parlamentaria*

los inciensos de un lisonjero, que es necesario o no acercarse al poder, o acercarse para decirle cosas útiles.

Otra diferencia muy notable ha debido también constituir entre las elocuencias tribunicias antigua y moderna, la base sobre que descansaban unas y otras instituciones, y el espíritu público y costumbres que no podían menos de crear. En aquellos tiempos y en aquellos gobiernos el ciudadano era a la vez súbdito y rey. Era un elemento que entraba directa e indirectamente en todo lo que se refería a su país, pues le nutría con su trabajo o con sus conquistas, le defendía con su brazo, y le dirigía con su cabeza o con su influencia de su voto en la plaza pública. La imagen sagrada del interés de la patria se reflejaba en el cuadro estrecho del interés individual, y venía siempre a confundirse con él. El hombre no era en ninguna parte un átomo a quien se concediera una representación bastarda y mentida, explotada bien pronto por los ambiciosos o por los impostores.

Era el todo, dotado de un carácter supremo y de una voluntad omnipotente. Teniendo tan alta idea de sí propio, consecuencia necesaria de sus elevadas prerrogativas, no podía cerrarse en la oscuridad y en la abyección, porque su propia conciencia le levantaba sobre la atmósfera de apocamiento en que hoy vagan y se confunden muchas capacidades. De aquí el heroísmo, que no es más que el sacrificio que dicta el deber impulsado por el sentimiento de la propia importancia: de aquí el entusiasmo, que no se puede sentir en las heladas regiones de la esclavitud y de la nulidad. ¿Se encontrarían hoy entre nosotros muchos Decios, muchos Horacios, y muchos Mucios Scévolas? Seguro es que no: porque aquellas virtudes heroicas se han reemplazado en nuestros días por el cálculo frío que todo lo achica, y por el egoísmo que todo lo pervierte; porque los grandes rasgos no se encuentran jamás en almas pequeñas: porque todo lo hemos metalizado; y porque formado el carácter sobre el contacto de las costumbres, los corazones se han hecho tan duros como ese mismo metal, siendo además a la vez cobardes y corrompidos.

En tales circunstancias no nos es dado esperar aquella elocuencia magnífica engendrada por la elevación del alma, ni aquellos hechos sobrehumanos que han llenado al mundo de sorpresa y admiración. El esclavo sabe prosternarse, pero no se sabe oponer: el parásito maneja bien el incensario de la lisonja, pero su mano no puede empuñar la espada; y el calculador político urde la intriga que allana el camino a sus ambiciones, pero no cuida de valerse del arma de la palabra en el combate abierto y franco del talento. ¿Ni para qué la necesita? La palabra que cae en el vacío y el desierto, vaga por las soledades sin producir más que un eco que se pierde en el espacio: el aire que se lleva y disipa, en tanto que los destinos y las consi-

deraciones entran en la casa y aumentan la representación y la fortuna. La representación... sí: esa representación equívoca y algunas veces ridícula que casi siempre supone el favor y la falta del mérito: esa representación que deslumbra como un falso oropel a la vista del vulgo, pero que no es más que un disfraz prestado y de mal gusto a los ojos del filósofo: del filósofo que en el tribunal severo de sus principios encuentra que el valor está, no en llenarse de empleos, cargos y vanas consideraciones, sino en saberlos merecer y no solicitarlas ni recibirlas nunca.

Otra causa hay acaso más influyente todavía en el carácter de las dos elocuencias que estamos comparando. La elocuencia es al mismo tiempo un adorno y un arma. En lo antiguo los oradores eran honrados como los hombres favorecidos del cielo que hablaban el lenguaje de los dioses, porque de ellos recibían el hálito y la inspiración. Mas en nuestros días, ¿qué elocuencia es la que se honra? ¿Cuál es la que se premia y levanta al orador en el orden material sobre el nivel de los demás hombres? No es esa elocuencia viril, independiente y si se quiere ruda, que sirve a la causa de la justicia atacando la sinrazón y los abusos: la favorecida, la mimada en todos los países es esa otra elocuencia mercenaria que se arrodilla ante el poder para recibir de él las inspiraciones y los mandatos; es esa elocuencia que lame como el perro para merecer el pan que su amo le arroja; es esa elocuencia complaciente como una meretriz, baja como la deshonra, que se arrastra como los reptiles, y que describe su marcha como ellos entre el polvo o entre el cieno, sin atreverse a alzar la cabeza hacia el pueblo, de cuyas creencias e intereses ha renegado: elocuencia con lucro, pero elocuencia sin fe; elocuencia calculada pero elocuencia sin convicción; elocuencia que hace al hombre gigante en su ostentación, pero pigmeo en el mérito verdadero; elocuencia que pasa por el mundo sin dejar a la posteridad sino el desprecio, ni al mismo que la usa otra recompensa, que el jornal o salario en que se ha estipulado.

En lo antiguo no había barreras; los ciudadanos eran lo que ellos querían ser cuando sus aspiraciones estaban apoyadas por sus talentos y por su probidad: mas hoy no pueden ser otra cosa que lo que los demás quieren que sea. Generalmente se aspira a levantarse en hombros del valimiento, y se siente poco la necesidad o la ambición de distinguirse para adquirir los puestos que encumbran, formando a la vez un patrimonio de la gloria. Ésta es la consecuencia de los principios y de la opinión, que por otra parte podrá tener sus ventajas.

Respecto a la elocuencia, ya hemos visto que no tiene ninguna.

La antigua era el trueno que ensordecía los valles, el áspero rugir del león que llenaba de espanto el desierto: era la voz poderosa del cielo que

*La Elocuencia Parlamentaria*

descendía sobre los hombres para llevarles a la dicha y a la inmortalidad: la moderna es el estertor del moribundo, la palabra mutilada, sin fuerza, sin eco, sin aliciente, que sale de la tribuna para ser escasamente escuchada, y que después de haber recorrido todos los ángulos de las asambleas, vuelve desairada al orador que la recoge entre algunos tímido aplausos y con la convicción profunda y dolorosa de su ineficacia.

Pero los tiempos mudan, y para coger mañana es necesario sembrar hoy. Por fortuna el mundo no toca todavía a su término, y es inmenso el campo en el porvenir de las naciones. Sus destinos variarán algún día, y nosotros debemos trabajar y prepararnos para el momento de esa feliz coyuntura. Entonces la palabra será un poder, y sus conquistas pacíficas harán olvidar esas otras conquistas sangrientas que han devastado el mundo cuando sólo regía en él el cetro de la fuerza. Esperemos y trabajemos, que esperar y trabajar son las palabras sacramentales que encierran la suerte futura de los países civilizados.